

«El Rey, el Rey,» exclaman á una los monjes. «Salid á propiciar al Conquistador,» le dicen otros. Benito no se mueve, ni se levanta de su asiento cuando el temible personaje baja de su corcel. Lo deja impasible arrodillarse á sus plantas, y con tono entre majestuoso y depreciativo, «despójate, le dice, de esas armas que no son tuyas, de ese manto y de esa diadema á que no tienes derecho. ¿Crees, por ventura, que se me esconde que eres el escudero de tu Señor, disfrazado con sus prendas para probarme?»

Descubierto su ardid, y convencido así de la santidad del venerable monje, sube el Rey en persona, dobla ante el siervo de Dios la rodilla y escucha de sus labios terrible profecía. Nueve años nada más le concede el Señor; el décimo lo llamará á estrecha cuenta. Impresionado sobremanera, desde ese día, narran las historias que derramó menos sangre y se mostró más animado de sentimientos de humanidad.

De trece á catorce años duró el retiro de Benito en aquellas alturas, interrumpido sólo una vez para asistir al Concilio celebrado en Roma por Bonifacio II. Poco antes de terminar su carrera mortal, se verificó aquella escena tiernísima que ha suministrado poético asunto á más de un pincel y á no pocos historiadores; pero que ninguno ha descrito tan gráficamente como San Gregorio Magno, cuya preciosa narración me veo obligado á compendiar.

No lejos del Monasterio, se levanta el convento en que la hermana de Benito, la dulce Escolástica, mora

con una legión de vírgenes, bajo la misma regla benedictina. Una vez al año va el hermano á visitar á la hermana, y sus coloquios son tan edificantes como tiernos, tan profundos como piadosos. Esta última ocasión le ruega Escolástica que se detenga todavía algunos minutos: el cielo está sereno, secos los senderos del monasterio, aún falta algún tiempo para que anochezca. Imposible: no lo permite la austeridad de Benito, y Escolástica, sin insistir más cerca de su inflexible hermano, vuelve su corazón y sus ruegos directamente á Dios. Miradla con la frente apoyada en las manos y absorta en profunda oración. Terrífico trueno la saca de su éxtasis, y á la luz del subitáneo relámpago, ven los asombrados monjes la montaña sumergida bajo espantoso diluvio, los senderos convertidos en torrentes, y el cielo cubierto de nubes, más espesas mientras más descargan sus inagotables cataratas. «No quisiste escucharme, le dice suavemente la virgen; el Señor sí se ha dignado acoger mi ruego inocente.»

No hay otro remedio. La noche entera tiene que pasar Benito en santa conversación con Escolástica, acatando la manifiesta voluntad de Dios, á despecho de los vanos juicios de los hombres. Es, ¡ay! el último coloquio. Tres días después se vió volar al cielo, en forma de paloma, el alma de la casta virgen, tan favorecida del celestial Cordero; y al poco tiempo una escala luminosa, cuyo pie se apoyaba en la celda de Benito, cuya cabeza tocaba la bóveda celeste, reveló á los mortales que acababa de expirar el Santo Patriarca.



Murió en el ósculo del Señor, como había vivido: exhaló el último aliento en la Iglesia, cubierto con su acostumbrada cogulla, reclinado en los brazos de sus monjes, con el rostro y los ojos elevados á lo alto. Ni el gladiador más diestro pudo escoger para morir más elegante actitud. Era el 21 de Marzo del año de 543.

## II

«Fuera de los milagros que ilustraron al siervo de Dios, brilló no poco por su sabiduría. A su pluma se debe la Regla Monástica, admirable por su prudencia, rica en erudición.» Después de este preámbulo, tomado á la letra de los Diálogos de San Gregorio Magno, ya me figuro que esperáis de mí un elogio desmedido, en que ensalce la *Regla* hasta las nubes, á reserva de hacer lo mismo con las de los demás fundadores, cuyo panegírico me toque pronunciar.

No lo haré, por cierto; pero nada me impide que cite, ante todo, las palabras del varón más competente que hallar pudiéramos, que vivió bajo una regla que no era la de San Benito, y en tiempos comparativamente recientes. «La Regla de San Basilio (escribe San Antonino) es muy intrincada; la de San Agustín, sobrado general y nunca desciende á pormenores; la de San Francisco, tan breve, que su observancia da lugar á muchos escrúpulos: la del santísimo Benito describe cada cosa con admirable claridad.»

Tiene razón el santo Arzobispo de Florencia; y por superficial que sea el estudio que de ella hagamos, desde luego aparece basada en el perfecto conocimien-



to de su época y en la previsión, que mejor pudiéramos llamar visión profética, de los tiempos por venir. La índole diversa de los individuos, de los pueblos, de las naciones, parece serle familiar; y cual si contemplara reconcentrada en un punto la historia toda del género humano, traza normas de conducta y métodos de vida, tan acomodados á su siglo, como al nuestro y á cuantos se sucedan después; tan fáciles de practicarse por el sano, como por el enfermo; tan adaptados al hombre de talento, como al de limitada inteligencia, al de índole dulce y al de carácter fogoso. En la imposibilidad de recorrer sus 73 capítulos, fijémonos siquiera en algunos.

Curioso sobremanera es el primero, en que describe las cuatro clases de monjes que se conocían en su tiempo. «Constituyen la primera los cenobitas, que viven en común bajo la obediencia de un abad; á la segunda pertenecen los anacoretas, tan aguerridos ya en las espirituales batallas, que pueden vivir solos y desafiar á Satanás en singular combate. Odiosa es la tercera categoría, formada de individuos que de monjes sólo tienen la tonsura; semejantes no al oro precioso, sino al plomo despreciable, que viven cual seglares, ya solos, ya en grupos de dos ó de tres, sin obedecer á Obispo ni Abad, sin más ley que sus pasiones; que llaman santo lo que les agrada, é ilícito lo que no cuadra á sus desordenados apetitos.» Estos, con nombre egipcio, se denominan *sabaraitas*.

El cuarto género de monjes es de los que se llaman

vagabundos, que van errantes de lugar en lugar sin detenerse en paraje alguno arriba de dos días ó tres, siempre caminando al azar, jamás tranquilos, entregados á la disolución y peores mil veces que los *sabaraitas*. Con éstos no trato. Voy á trazar mi regla para la raza escogida, la legión esforzada de los cenobitas.»

No me miréis, os ruego, con esa sonrisa maliciosa que parece decirme que mi propio pincel es el que esboza esta caricatura, que no cuadro, de un siglo que finjo remoto, para disimular mi modelo. Cotejadlas, si os place, con el texto latino, y veréis que mis frases son fiel traducción del original de San Benito. Su perfecto parecido con otras épocas y otros lugares es una prueba de la penetración natural y de la visión profética del Santo.

Cuéntase de Cosme de Médicis, que en los tiempos más prósperos de la República Florentina, hacía de la regla de San Benito su estudio predilecto, que conforme á sus preceptos normaba su gobierno, y á ellos ajustaba las leyes del Estado.

Y no sin razón. Los consejos que da el Abad para el régimen de sus súbditos, bastarían para formar, aun hoy día, un buen Jefe de Estado; y las reglas que asienta para las discusiones de los consejeros, podrían servir de modelo á los parlamentos de nuestra época. Pero no es esto lo que nos interesa. Lo que importa es ver si la obediencia de los tiempos de San Benito es la misma que con éxito tan asombroso ha animado las órdenes modernas; si los minuciosos reglamentos para el tra-



bajo diario, dictados en el siglo VI, son acomodados á los adelantos del vigésimo; si los métodos de oración de entonces no desdican de los aceptados hoy día; si los monjes de San Benito, en una palabra, son ó no son un anacronismo.

Desde el capítulo V empieza á hablar de la obediencia, é insiste en ella en el VII, y vuelve á tratar á menudo del mismo asunto. Unas veces la declara el primer grado, otras el tercer grado de humildad, según los aspectos bajo los cuales la considera; y ya manda que sea *sine mora* en la ejecución, ya explica que en el fondo se ha de obedecer sin vacilar, sin tardanza, sin tibieza, sin murmuración: *non trepide, non tarde, non tepide aut cum murmure*. Esta fué la obediencia que en vida del Santo Patriarca llevó á Plácido á Sicilia y á Mauro hasta Francia; que pocos años después infló las velas de la nave que condujo á Agustín á Inglaterra. ¿No es la misma que empujó á Francisco Javier hasta las Indias, y á Pedro Bautista á las Filipinas y al Japón?

Contra la ociosidad se desata á cada paso, y descendiendo á mil pormenores, prescribe toda clase de remedios para evitarla. Ya ordena el trabajo manual, ya la lectura; ya establece escuelas de niños y jóvenes, lo cual presupone el estudio; ya funda bibliotecas, él, que había antes abandonado escuelas y libros.

Notad, os ruego, lo que significaba una biblioteca antes de la invención de la imprenta. Era preciso transcribir uno á uno cada volumen, cada página, cada letra; y después de haber consumido, copiando códices toda

la vida, ¿qué se había conseguido? En cierto monasterio había más de trescientos monjes, y menos de trescientos libros. En tales circunstancias, habría sido una verdadera ineptia prescribir siete ó más horas de estudio ó de enseñanza cada día, como en algunas congregaciones modernas. Lo que Benito prescribió, fué lo que era posible en aquel tiempo; pero á reserva de irse modificando con el transcurso de los siglos. Así lo entendieron y así lo llevaron á cabo sus discípulos. Ellos nos conservaron los autores clásicos, siempre antiguos y siempre nuevos, que sin ellos habrían perecido. Ellos formaron copiosas bibliotecas con sus propias obras, sobre todas las ciencias, las artes y las letras. Ellos refundieron, conforme al ideal cristiano, aquellas escuelas que con su rudeza pagana habían asustado á Benito. Ellos fueron modificando sus métodos de enseñanza conforme á los progresos de los diversos siglos, y allí los tenéis, después de un milenario y medio, al nivel de los adelantos del día.

No era éste, sin embargo, el principal fin del orden Benedictino, sino la oración y meditación; y allí están los numerosos capítulos de la Regla, en que de una y otra se trata.

A pesar de las diversas disposiciones que con el transcurso de los siglos ha ido dictando la Sede Apostólica, á Benito y á sus monjes es fuerza que reconozcamos como fuente y origen del Oficio divino, que á nombre de la Iglesia rezan ambos cleros. A ellos igualmente somos deudores de esos métodos de meditacio-



nes ordenadas, que en los últimos siglos se han hecho tan comunes y á tantos pecadores han convertido. No hay que olvidar que bajo la dirección de un Benedictino, practicó en Monserrat Don Iñigo Oñez su primer retiro, antes que el Divino Espíritu pusiera en sus manos la pluma con que escribió el libro de los ejercicios. Dondequiera se ve que Benito ha sido el rocío que ha hecho germinar el árbol frondoso de la vida religiosa, cuyas ramas, si por un lado se cortan, por otro retoñan. Y á quien ose decir que los monjes son un anacronismo, le señalaré únicamente las dos naciones que se jactan de ir á la vanguardia de la civilización. Ahí tenéis á los Estados Unidos, con más de una docena de abadías, sin contar los prioratos, de San Benito. Ahí tenéis á Inglaterra, con tres de sus mejores colegios dirigidos por Benedictinos.

Soy enemigo de fatigar los oídos de los fieles, con estadísticas que ni se perciben bien, ni se graban en la memoria, y que semejan á las partidas de una cuenta leída ante un tribunal de bancarrotas. No os molestaré, pues, con la lista de los monasterios hoy existentes; pero no puedo resistir al deseo de que conozcáis el censo que en 1316 mandó formar el Papa Juan XXII. Hasta entonces el orden Benedictino contaba 25 Papas inscriptos en el catálogo de los Santos, cerca de 200 Cardenales, 7,000 Arzobispos, 15,000 Obispos, más de 40,000 santos y bienaventurados. El número de abadías llegaba á 35,200.

Entre ésta, era célebre, en España y en Europa en-

tera, la de Santo Domingo de Silos, renombrada por los milagros que allí obró este siervo de Dios y que cantó en famosos versos Gonzalo de Berceo. Deleitábame de niño su anticuado lenguaje, más quizá que las maravillas que en él se narran; y cuando hace cuatro años me encontré cerca del vetusto monasterio, volvieron como por encanto á mi memoria las ya olvidadas coplas. Entre las que me parecía escuchar con su delicioso sonsonete, ésta se repetía á mi oído con insistencia extraña:

«Si de oír miraclos avedes grant sabor,  
Corred al monesterio del sancto confessor.»

Corramos, respondí, al monasterio; y llevando á cabo mi propósito, trepé por aquellas asperezas y celebré en el sagrado recinto la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora. Veneré la tumba del Santo, recordé uno á uno sus milagros, visité los lugares en que muchos se verificaron, y admiré la vetusta Iglesia y la restaurada Abadía. Aunque las vicisitudes de los tiempos la habían despoblado, la Providencia había vuelto á llenarla, y albergaba una comunidad ejemplar, bien dirigida por experimentado Abad y por monjes venidos de Solesmes. El árbol frondoso regado por Benito, había retoñado cuando ya parecía seco, como las antiguas olivas del huerto de Getsemaní, y sus reverdecidos ramos convidaban al viajero á arrancar alguna hoja que le sirviese por lo menos de recuerdo. No pude resistir á la tentación; y por aquí andan volando unas cuantas, á merced de contrarios vientos; pero sin perder la es-



peranza en esa Providencia que cuida de las aves de la floresta y de los lirios del campo.

¡Quiera el cielo que no salgan fallidas mis esperanzas! ¡Quiera el gran Patriarca de los monjes de Occidente, cuyos loores me ha sido dado pronunciar en medio de este ilustre auditorio, cubrir con su manto á sus hijos en toda la superficie de la tierra! Haga su poderosa intercesión que, calmándose al fin las embravecidas olas y furibundos huracanes, bogue tranquilamente y llegue al anhelado puerto su barquilla, sobre la cual invoco las bendiciones más escogidas.



## ORACION FÚNEBRE

PRONUNCIADA EN LA IGLESIA DE SANTO DOMINGO, DE MÉJICO,  
EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS QUE PARA HONRAR LA MEMORIA  
DE LOS SUMOS PONTÍFICES QUE FAVORECIERON EL CULTO  
DE MARÍA DE GUADALUPE, SE CELEBRARON  
EL 1.º DE JUNIO DE 1904.